

Homilía de VI Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2023 - 2024 - (Ciclo B)

“Quiero, queda limpio”

Introducción

Uno de los retos de la vida cristiana de todos los tiempos pasa por construir comunidad. ¡No se puede ser cristiano al margen de la Iglesia! La fe se recibe y se hace real en espacios comunitarios diversos. En ellos se alimenta y se refuerza, se celebra y profundiza, se hace vida. En esta sociedad individualista es una tentación vivir aislados y hacer de la experiencia creyente algo que empieza y acaba en uno mismo. “Yo soy creyente, pero no quiero saber nada de la Iglesia”, escuchamos –o decimos- alguna vez... También, ciertamente, hay ámbitos eclesiales que señalan, separan y marginan a otros hermanos, repartiendo títulos de impureza o pecado.

En este sexto domingo del Tiempo Ordinario la liturgia nos presenta la curación de un leproso. Marcos recorre, de una forma muy visual y dinámica, el paso de sentirse aislado e impuro, a dejarse tocar por Jesús, el Compasivo, para convertirse finalmente en testigo que crea comunidad y da testimonio con la propia vida. ¡Es el proceso que estamos llamados a recorrer los seguidores de Jesús!

Este domingo trae una pausa al Tiempo Ordinario y nos empuja a la Cuaresma que comenzará el próximo miércoles. Que sea para los creyentes, como fue el encuentro de Cristo con el leproso, tiempo de crecimiento personal en la fe y de compromiso por implicarnos aún más en la Iglesia de la que recibimos la fe, y con la que queremos seguir contagiándola.



Fr. Javier Garzón Garzón
Convento Santo Tomás de Aquino - 'El Olivar' (Madrid)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro del Levítico 13, 1-2. 44-46

El Señor dijo a Moisés y a Aarón: «Cuando alguno tenga una inflamación, una erupción o una mancha en la piel, y se le produzca una llaga como de lepra, será llevado ante el sacerdote Aarón, o ante uno de sus hijos sacerdotes. Se trata de un leproso: es impuro. El sacerdote lo declarará impuro de lepra en la cabeza. El enfermo de lepra estará con la ropa rasgada y la cabellera desgredada, con la barba tapada y gritando: “¡Impuro, impuro!”. Mientras le dure la afección, seguirá siendo impuro. Es impuro y vivirá solo y tendrá su morada fuera del campamento».

Salmo

Salmo 31, 1-2. 5. 11 R. Tú eres mi refugio, me rodeas de cantos de liberación.

Dichoso el que está absuelto de su culpa, a quien le han sepultado su pecado; dichoso el hombre a quien el Señor no le apunta el delito y en cuyo espíritu no hay engaño. R/. Había pecado, lo reconocí, no te encubrí mi delito; propuse: «Confesaré al Señor mi culpa», y tú perdonaste mi culpa y mi pecado. R/. Alegraos, justos, y gozad con el Señor; aclamadlo, los de corazón sincero. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10, 31 - 11, 1

Hermanos: Ya comáis, ya bebáis o hagáis lo que hagáis, hacedlo todo para gloria de Dios. No deis motivo de escándalo ni a judíos, ni a griegos, ni a la Iglesia de Dios; como yo, que procuro contentar en todo a todos, no buscando mi propia ventaja, sino la de la mayoría, para que se salven. Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1, 40-45

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido, extendió la mano y lo tocó diciendo: «Quiero: queda limpio». La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio». Pero cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a él de todas partes.

Pautas para la homilía

¡Impuro, impuro!

Ya conocemos cómo las normas religiosas judías, similares a las de las demás culturas de la época, regulaban la presencia social de aquellos que tenían supuestas enfermedades contagiosas. De un modo particular se trataban todas las dolencias que tenían que ver con la piel, y que eran especialmente visibles. El judaísmo justifica desde su concepción religiosa que, también estas dolencias que aparecen de forma inesperada, responden al pecado personal del enfermo o de sus antepasados. Y el pecado, que contagia siempre impureza, se soluciona con el aislamiento. Nadie como los leprosos experimenta el dolor de la soledad y el desarraigo. Sus necesidades básicas pueden ser cubiertas, pero el estigma social de señalamiento y marginación rompe su vida por completo. Es una soledad impuesta por un juicio externo y superficial. Los sacerdotes señalan la separación y solo ellos pueden reintegrar en el supuesto caso de curación. La primera lectura resume los dos capítulos (13 y 14) que el Levítico dedica a esta enfermedad.

Ser leproso no es únicamente una declaración exterior, sino que se termina convirtiendo en una definición de identidad. El enfermo camina repitiendo a gritos lo que marca su existencia: “impuro, impuro” (Lev 13,45). Y esa realidad no solo le separa de Dios, al que rechazó con el pecado que ahora le enferma, o de los demás: también le aísla de sí mismo. ¿Qué sentirá? ¿Cómo se hablará? Afortunadamente la lepra en nuestro mundo está prácticamente curada, pero los aislados y separados, los señalados o estigmatizados siguen siendo muchos. Por diferentes causas: políticas o ideológicas, culturales, de violencia física o psicológica, quizá por motivos religiosos. Puede que también nosotros nos sintamos en ocasiones completamente solos y sintonicemos con aquellos condenados a vivir en cuevas apartadas. El cartel de “impuro” que nos cuelgan o nos auto-imponemos nos pesa demasiado... Escuchemos las voces de fuera, acogamos los gritos de dentro. Acoger es el primer paso para iniciar el camino de la sanación.

Ante todo, la caridad, como imitadores de Cristo

Pablo se hace eco en la segunda lectura de una problemática surgida en la comunidad de Corinto. ¿Pueden los nuevos cristianos comprar y consumir la carne que en los templos paganos se ha sacrificado a los falsos dioses, y que ahora se vende para todos los públicos?

El Apóstol no mira lo práctico o lo individual: no habría problema porque para los creyentes no significa nada. Pero se fija, desde la caridad, en el escándalo que eso podría provocar entre los más pequeños o en quienes deseen crear polémica.

El bien común está por encima del bien personal. Pablo, con esta decisión, invita a los cristianos de Corinto a subordinar las propias opciones o decisiones en beneficio de la comunidad. Se trata de salir del propio aislamiento individualista para construir juntos una comunidad más fuerte y creíble.

Y la frase con la que acaba el texto, “sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo” (11,1), es reflejo del espíritu misionero y comunitario que ha orientado su entrega. A nosotros siempre se nos llama a imitar al Maestro, el modelo que nos saca de nuestra “autorreferencialidad” y nos empuja a construir Iglesia en camino y misión, en dinámica de crecimiento e integración.

El Reino empieza por la compasión de Jesús

El texto de la curación del leproso es particularmente dinámico y ágil. Los verbos se amontonan en los primeros versículos y nos permiten convertirnos en espectadores que se dejan impresionar por un encuentro que, de entrada, es ilegal. Ni Jesús ni el enfermo respetan la separación: el uno porque reconoce en Jesús a quien le puede devolver lo perdido; el otro porque “extiende la mano y toca” (1,41). Con Jesús no hay normas sino personas, no hay enfermos sino hermanos, no hay caminos de pecado sino oportunidades de reintegración.

Porque el leproso no pide ser curado expresamente, sino “limpiado”, reincorporado a la vida comunitaria, que alguien lo mire en profundidad y declare que es digno más allá de su dolencia. Y Jesús certifica esa dignidad con gestos profundamente humanos: acercarse, escuchar, tocar... Justo aquello que la ley, que hablaba en nombre de Dios, prohibía terminantemente. Por encima de las normas religiosas que oscurecen la grandeza de las criaturas, está la humanidad que devuelve a cada persona la belleza escondida.

Jesús no pronuncia frases mágicas. Solo un verbo, “quiero”, que se une al “querer” expresado por el enfermo. Sus voluntades y deseos confluyen, van en la misma línea del “querer” de Dios que en el origen creó a su imagen y semejanza, y regaló belleza y dignidad a la obra de sus manos.

Tras la curación, los caminos de Jesús y del leproso anónimo (cualquiera puede ocupar su lugar) se separan. El enfermo, que ha vivido en primera persona la salvación y sanación, vuelve al pueblo de donde había sido expulsado y se convierte en testigo.

Recuerda que los profetas anunciaron la llegada del Mesías como aquel que curaría todas las dolencias y males. Y afirma que él lo ha conocido, por eso no puede callarlo. Sin duda el Reino de Dios ya ha llegado. Anuncia con pasión y sin miedo a Cristo, y el que había sido marginado, se integra en la nueva Iglesia y construye comunidad.

Jesús, sin embargo, “se queda en los lugares despoblados” (1,45), quizá donde están los más frágiles y abandonados que necesitan escuchar y experimentar la Buena Noticia. Allí hay un lugar para nosotros, para los más desamparados, para quienes temen a la comunidad o han sido expulsados de ella, los que aún no quieren acercarse al Compasivo. Ellos son y serán sus preferidos, quienes tras dejarse tocar tienen la misión de convertirse en testigos convincentes de la fuerza del Reino.

¿Quiénes son hoy aquellos a quienes nosotros, y la sociedad, marginamos o descartamos? ¿Cómo me acerca la compasión y la humanidad al reino que comienza Jesús? ¿De qué forma puedo comprometerme más en la comunidad eclesial? ¿Cómo dar testimonio de lo que el Señor ha hecho y sigue haciendo en mi vida?



Evangelio para niños

VI Domingo del tiempo ordinario - 11 de febrero de 2024



Curación de un leproso

Marcos 1, 40-45

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo se acercó a Jesús un leproso, suplicándole de rodillas: - Si quieres, puedes limpiarme. Sintiendo lástima, extendió la mano y lo tocó diciendo: - Quiero: queda limpio. La lepra se le quitó inmediatamente y quedó limpio. El lo despidió, encargándole severamente: - No se lo digas a nadie; pero para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés. Pero cuando se fue, empezó a divulgar el hecho con grandes poderaciones, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo; se quedaba fuera, en descampado; y aun así acudían a él de todas partes.

Explicación

La actividad de Jesús, dedicado de lleno a hacer bien, hizo que muchas personas oyeran hablar de él y se le acercaran. Así ocurrió con este enfermo de lepra que vino a Jesús y le pidió ayuda. Una vez sanado, aquél hombre se sintió como nuevo y comenzó una vida nueva de trato y relación con los demás, porque no sé si sabes que los enfermos de lepra eran separados de la sociedad y condenados a vivir aislados. Qué triste ¿no?

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

NARRADOR: Hoy os vamos a relatar una historia de Jesús. De cómo Jesús curó a un leproso.

NIÑO 1: ¿La lepra era una enfermedad muy mala?

NARRADOR: ¡Claro! Todos tenían miedo de contagiarse y dejaban a los leprosos lejos de su familia y solos.

NIÑO 2: Eso me da mucha pena. ¿Es que nadie les quería?

NARRADOR: Seguro que Jesús sí. Veréis lo que sucedió.

NIÑO 1: Maestro, vamos a descansar ahora que no hay gente.

JESÚS: Está bien, descansen un rato. ¡Mirad, por ahí viene un leproso!

LEPROSO: ¡Estoy impuro, estoy impuro!

NIÑO 2: ¡Maestro, es un leproso, no te acerques!

LEPROSO: Si quieres puedes limpiarme, Señor.

JESÚS: Quiero, queda limpio.

LEPROSO: ¡Gracias, Jesús, gracias!

JESÚS: ¡No se lo digas a nadie! Preséntate al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés.

NARRADOR: El leproso fue a la ciudad y gritaba con todas sus fuerza diciendo a todo el mundo el milagro de Jesús.

LEPROSO: ¡Estoy curado, ya no tengo lepra!

NIÑO 1: ¡Le prometiste a Jesús que no lo dirías!

LEPROSO: Es verdad, pero soy feliz y necesito decirlo. ¡Jesús me ha curado, ya no tengo lepra!

NARRADOR: Jesús siguió su camino, pero ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo. Se quedaba fuera, en descampado y aún así acudían a él de todas partes.

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández